

LA CREACIÓN ACTORAL EN ICTUS Y LA VIOLETA

ELSA POBLETE

Actriz

Independiente de semejanzas o diferencias, naturales entre gente que se expresa artísticamente, Ictus ha tenido siempre un atractivo especial para mí.

Antes de trabajar aquí, desde la butaca veía yo un algo de juego seductor hacia la platea que me produjo curiosidad. Un juego que aparecía como un guiño permanente de los actores hacia quienes estábamos allí sentados. Un primer plano de la personalidad de los actores jugando un personaje.

Integrada al trabajo como actriz, he sido también seducida por el proceso de creación y luego por la manera de "estar" en el escenario. El esquema de participación permite que quien quiere y puede, vaya ocupando un terreno en el invento colectivo. Personalmente, necesito tener acceso a todos los recovecos de la creación de una obra; no puedo, aunque lo intente, atenerme a pensar y sentir sólo lo que tiene que ver con "mi personaje". He encontrado aquí ya varias veces y cada vez más, esa posibilidad.

Tal vez a actores de otros países les resulte éste un tema ya superado; sin embargo, es un tema importante en Chile el cómo se inserta un actor en la creación. En nuestro país, el teatro ha sido víctima de una manera de crear muy centralista, con cada cual dedica-



do a lo suyo. Conocí montajes en los que jamás vi a un actor sentir la necesidad de hablar con el resto acerca de lo que se está haciendo, o donde la última semana aparece una escenografía, vestuario, iluminación, que vienen a quedarle al actor siempre como ropa ajena.

¿Cuál es, entonces, el placer del actor?

¿El entrar reverentemente en la "unidad estética" del espectáculo?

¿Y qué hay de la óptica de cada quien, de la sensibilidad única, irreplicable, que es la identidad de cada actor?

¿Cómo puede esta identidad satisfacerse o liberar creatividad, poniéndose anteojeras para todo lo que no es "mi personaje"?

Hay quienes, sobre todo entre jóvenes actores, tienen la inquietud por el todo de la creación teatral. Entonces, asumen esta necesidad transformándose en directores, y la satisfacen por cierto. Pero sigo preguntándome cómo lograr que los actores chilenos que seguimos siendo sólo actores, ejerzamos, cada vez más, una condición de artistas creadores y no sólo de oficientes que interpretan la imaginación de un director y un autor. Ciertamente en el teatro tradicional, el actor se enfrenta a fronteras propias de ese tipo de teatro: se esforzará por entrar en la armonía pro-

puesta por la imaginación de un director, tratará de ser una greda dócil y perceptiva a cualquier movimiento del director.

Creo en la necesidad de un director —también en la creación colectiva existe esa función, pero con características de organizador—, pero me llena de emoción ver actores desarrollados como artistas, responsables de expresarse a sí mismos, como generadores de imaginación y no sólo como intérpretes, mejores o menos buenos.

Es complicado. Para nosotros chilenos, con un teatro muy nuevo, adolescente, es complicado.

Picasso dice "pongo todo lo que quiero y que las formas se las arreglen entre ellas". Adoro esta conclusión. (O punto de partida).

Y que me perdonen, pero creo que hasta aquí el teatro chileno, en general, no aspira a echar fuera aquello que a cada uno no lo deja dormir, aquello que es de vida o muerte expresar, sino aspira más bien a poner lo que "debe ser", y ¿quién dice qué debe ser!

Hablé antes de la manera de estar en el escenario que me atrajo en los actores del Ictus. Descubrí, trabajando aquí, un elemento, tal vez principal responsable de esa "manera": los ensayos son un suceso en sí. Es decir, los ensayos son esa instancia de progresión, de buceo en busca de un resultado final, pero éste se consigue con la suma de sesiones únicas. Todo aparece allí simultáneamente, un sonido, una luz, un objeto, un gesto, una relación, ropas y todos los elementos que harán la escena. Todo debe estar desde el primer instante, todo avanzará junto. La escena se jugará en el ensayo como si fuera el resultado ya acabado.

Casi nunca he visto en Ictus a un actor ensayando con el texto en la mano "leyendo el personaje". Porque es vital que el actor juegue ese momento, muy presente. El curso, la dirección que tome el material que se trabaja, es sensible prioritariamente a lo que acontece en ese juego de ensayo. Entonces, el actor debe ser aquí una persona, un artista; está exigido de participar en un proceso creativo que requiere la particularidad de su mira-

da; puedo y debo poner aquí mi óptica, ese ojo de uno, sólo de uno, que todos los días registra, entiende, siente, goza o vegeta; mi persona con nombre y apellido, liberándose en un colectivo necesitado de cada una de las piezas. A veces sobresaturado de diálogo verbal y reflexión, es cierto; pero, ¿cómo negarse a pensar, sobre todo en el Chile de la dictadura, donde el pensamiento creativo y el diálogo no fueron exactamente pan de todos los días?

Imaginé que con estos primeros pasos de reinstauración de la República en nuestro país, el público querría de inmediato que se le entregara teatro referente a lo que habíamos vivido; sin embargo, con el paso de los meses, me parece que para eso hay tiempo. Estamos demasiado encima, necesitamos algo más de distancia y me parece percibir que la gente llega hoy a las salas con menos ansiedad, con menos urgencia contingente, dejando ser al teatro, en la medida que éste ya no es la casi única tribuna de expresión política y humana que llegó a ser durante años, a veces por vocación inevitable y a veces por presión social tácita.

Este domingo es la primera creación de Ictus en estas nuevas condiciones. Y es una experiencia, también, con un modo de producir artístico diferente.

Este equipo de creación colectiva se puso en manos de un director, Gustavo Meza, y comenzó así este experimento de montar, de crear *Este domingo* en el teatro y también, con ello, ir confrontando dos maneras de producción artística. Hemos conversado, posteriormente, que Meza fue muy adecuado al disciplinar y facilitar el diálogo con ciertos procedimientos, como poner al escenario como gran selector de ideas e imágenes: produciéndose diferencias, de inmediato iba cada una de las propuestas al escenario, evitando así discusiones teóricas excesivas sobre tal o cual resultado. Escenario manda.

Podría decir que eché de menos los característicos ensayos que son en sí un acto lúdico, reemplazados por largo período de búsqueda de las claves de la puesta en escena,

que fue la que gestó finalmente la estructura final que adquirió el pre-texto entregado por el autor de la novela y el adaptador.

A mi manera de ver, Donoso, ya en un trabajo conjunto anterior, *Sueños de mala muerte*, aportó a Ictus ciertos estímulos importantes: la preocupación por agregar belleza a la funcionalidad del verbo e imágenes literarias que, llevadas al escenario, exigen una narración por la vía de la imagen visual.

De la primera lectura de *Este domingo*, quedó en mí dando vueltas una escena de encuentro de tiempos y espacios distintos: Alvaro adulto y el mismo Alvaro joven dialogan. No entendí en ese momento que este mismo juego se daba para Violeta, tradicional sirvienta chilena, persona que me ha correspondido jugar; y equivocadamente llegué a proponer que los dos tiempos de Violeta fueran ejecutados por dos actrices distintas, en circunstancias que ese rompimiento del tiempo jugado por una actriz, es el que me permitió tratar no tradicionalmente mi composición. Con los ensayos empecé a fascinarme con este doble espejo en el tiempo que es Violeta. Me planteé la reciprocidad de estos dos polos que es esta única persona.

En la joven Violeta, que mira sin temor y dueña de sí misma el futuro por su natural condición de joven, estará, fatal, la presencia de la Violeta adulta; en la ausencia de propiedad de sí misma de Violeta adulta, deberá reflejarse el pasado de espontaneidad irrefutable de Violeta joven.

¡Cómo lograr, en el teatro, personas, composiciones, con la óptica del cubismo picassiano, en donde un ángulo ofrece todos los ángulos, donde existe, más allá de las tres dimensiones físicas, la del alma, la de lo que se es, la de lo que se deja ver a pesar de sí mismo, la de lo que se piensa de sí mismo... y todo en una mirada!

Pedantemente, creí lanzarme en una empresa que no sería comprendida; o quizás, inseguramente, creí que no lograría cons-

truir y de-construir, como yo quería, a la Violeta. Ella es una persona popular. Yo quisiera hacer a cualquier Violeta; temo a la parodia, no quiero el pintoresquismo, poco me interesa el folclorismo, posibilidades todas que veía como peligro ad-ventas. No quiero tampoco la copia u "observación de la realidad", busco componer cualquier Violeta, las Violetas chilenas; no una particular, con apellido. Quiero poder lograr una convención artística, graficar gestualmente, pero construir una persona de carne y hueso. Intento no hacer un modo, sino más bien subrayar la contradicción entre la sensualidad de la joven con la rigidez de la adulta, como gesto de fatalidad. Quiero que se piense que esa mujer pudo no ser lo que llega a ser. Tampoco quiero maquillaje. Busco entonces en mí, lo que ya hay de 58 en mis 37. Quiero el ahorro de gestos, desterrar, en el curso de las funciones, la "gesticulación"; sólo gestos que en su generosidad, entrega, humildad, dejen ver a la Violeta manipuladora, egoísta y también mentirosa.

Y por sobre todo, quiero disfrutar los días de camarín y escenario, donde casi siempre los cuatro actores que protagonizamos este cuento, descubrimos análisis equivocados, aciertos conscientes o inconscientes, y recibimos opiniones del público que viene muchas veces a hacernos ver cosas de nuestra creación que hicimos sin saber. Como Sharim que, por ahí conversando con alguien, verifica que el poner un Maya adulto en lugar del joven de la novela, viene a enriquecer todo el tejido de relaciones de estas cuatro vidas que se nos descubren en la subjetiva de un abrir y cerrar de ojos de domingo santiaguino. Domingo fatal. Destino ineludible. Complicidad de saberlo irreversible, que compartimos, Delfina, Pepe, Nissim y yo, con esta manera de estar en el escenario mirándonos a los ojos, condenados por la realidad artística a no poder detener, conociéndolo, el curso de los acontecimientos de este mundo donosiano. •